

pero ninguna de estas dos épocas nos ofrece un sentido capaz de corresponder á las expresiones del profeta. San Pedro nos descubre un segundo sentido que pertenece al tiempo de la primera venida de Jesucristo, á la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles y discípulos del Salvador, y al establecimiento de la Iglesia; pero aun no llena toda la energía de las palabras del texto, ni corresponde al paralelo de las tres calamidades anunciadas por San Juan con las tres plagas profetizadas por Joel. En Joel la primera plaga es la de la langosta; la segunda, la irrupcion de un ejército formidable á la cual sucede una brillante renovacion; y por fin, el juicio del soberano Juez, tercera y última calamidad. En San Juan, la primera es la de las langostas, despues la irrupcion de un ejército numeroso y formidable, principio de una segunda plaga, á la que sigue la mision de los dos testigos, uno de los cuales, segun toda la tradicion, será ciertamente el profeta Elias por quien los Judios debén ser convertidos; y en fin, el juicio del soberano Juez, tercera y última calamidad. Esta comparacion nos descubre en el profeta Joel un tercer sentido que nos conduce hasta la renovacion que Dios obrará sobre la tierra por la conversion de los Judios; pero este sentido tercero todavia no corresponde á toda la magnificencia de las promesas. En fin, la tradicion nos enseña á reconocer en Joel la venida del soberano Juez, y por consiguiente, un sentido cuarto que llega hasta el último juicio de Jesucristo, y hasta la felicidad perfecta de los predestinados en la eternidad, con lo que recibe su lleno toda la extension de la profecía. Estos cuatro diversos sentidos tienen entre sí grande conexion de que resulta su armonia; pero no debe buscarse en todas las partes del anuncio una relacion igual á cada uno de los cuatro sentidos. Hay textos que no parecen susceptibles sino de uno; otros reciben dos; otros reunen tres y aun los cuatro. El vacio que deja el primero, obliga á pasar al segundo; la influencia de este conduce al tercero que en sí mismo deja á veces percibir el cuarto, único capaz de completar lo que faltaba á los otros.

XV.^a REGLA.

En el estilo misterioso de los profetas, Jerusalem representa la Iglesia de Jesucristo; la casa de Judá es la imágen del pueblo cristiano (1). Hé aquí un principio que toda la tradicion enseña, y que es la llave de casi todas las profecías, por la fecundidad de las consecuencias que resultan de él. En efecto, los Santos Padres persuadidos de que en el lenguaje de los profetas, Jerusalem es constantemente la figura de la Iglesia á quien solo pertenecen las promesas hechas á aquella ciudad, han visto en las infidelidades de los hijos de Judá la imágen de las culpas de los cristianos. Y en los castigos que Dios imponia á aquellos, el símbolo de los que algun dia impondrá á estos. Han re-

(1) Esta máxima y las consecuencias que de ella resultan, se explican en el *Discurso* publicado en 1759 al frente de la Biblia de Saey.

conocido en las dos casas de Israel y de Judá, la figura de los dos pueblos con quienes el Señor ha hecho alianza. En los hijos de Israel, que separándose de los de Judá merecieron ser abandonados, pero que el Señor promete sin embargo volver á traer despues de un tan largo desamparo, han reconocido el retrato de los Judios incrédulos, que separándose de los discípulos de Jesucristo merecieron ser abandonados de Dios, pero en quienes con todo eso deben verificarse algun dia las magníficas promesas de la vuelta y del restablecimiento de la casa de Israel. En los hijos de Judá, que hechos el principal objeto de las misericordias del Señor, provocaron sobre sí mismos su cólera por repetidas infidelidades, han reconocido la semejanza de los cristianos, que habiendo sido colmados de los efectos de la misericordia de Dios, han atraído sobre sí tambien su cólera por multiplicadas prevaricaciones. Ellos han entendido que los hijos de Israel podian representar igualmente las sociedades heréticas y cismáticas que se hacen culpables de un culto profano y sacrilego, tributando á dogmas perversos el homenaje debido á la verdad sola, y que van á perderse en un funesto cisma separándose de Judá y de Jerusalem, es decir de la Iglesia Católica y del centro de la unidad que reside en medio de ella. Los doctores mas sabios que han sucedido á los Santos Padres, y aparecido en la Iglesia despues de la consumacion del cisma de los Griegos, han reconocido en las dos casas de Israel y de Judá las dos grandes porciones del pueblo cristiano, es decir, la Iglesia de Oriente que ha imitado por desgracia el cisma de la casa de Israel, y la Iglesia de Occidente, en medio de la cual permanece el centro de la unidad católica. Ellos han reconocido en las infidelidades y en el castigo de Samaria y de los hijos de Israel, el símbolo de las infidelidades y del castigo de los cristianos de Oriente y de su capital Constantinopla: en las infidelidades y en el castigo de Jerusalem y de los hijos de Judá, el símbolo de las infidelidades y castigo de los cristianos de Occidente y de la ciudad de Roma. En las dos hermanas *Oolla* y *Ooliba*, es decir, en Samaria y en Jerusalem, han visto las dos grandes familias del pueblo cristiano, la Iglesia Griega y la Iglesia Latina. En las tres hermanas de que habla Ezequiel, *Jerusalem, Samaria y Sodoma*, han visto los tres grandes pueblos que la religion habia unido: La Iglesia de Occidente en que permanece el centro de la unidad; la Iglesia de Oriente que se ha separado por el cisma; y la nacion judia que los profetas mismos comparan á Sodoma echándole en cara sus infidelidades. Ellos han visto en los *falsos profetas de Israel y de Judá*, la imágen de los falsos doctores que sucesivamente han emprendido seducir á los cristianos de Oriente y Occidente; ellos han reconocido en los ídolos con que se contaminaron Israel y Judá, la imágen de los perversos dogmas que sucesivamente se han pretendido establecer en las diferentes porciones del pueblo cristiano. El crimen de Judá, segun los profetas, es haber imitado las infidelidades de Israel. En Israel comienza el escándalo que se extiende despues hasta Judá; y en efecto, el escándalo de las grandes heregías comienza en el Oriente. Israel es el que empieza á irritar al Señor, y el Señor hace estallar primeramente su có-

lera sobre Israel. En Oriente se vió nacer el escándalo de las grandes heregías; y tambien sobre el Oriente descargó el Señor los primeros golpes de su venganza. Los Mahometanos, particularmente los Sarracenos y los Turcos, han venido á ser sucesivamente respecto del pueblo cristiano, lo que fueron antiguamente los Asirios y los Caldeos respecto de los hijos de Israel y de Judá. Seria fácil llevar adelante la comparacion que abraza la mayor parte de las profecías, pues ellas todas tienen por objeto segun la letra, las dos casas de Israel y de Judá. Pero una vez conocida la clave del enigma, todo se explica naturalmente (1).

XVI.^a REGLA.

Los principales objetos de las profecías presentan una multitud de relaciones esenciales entre el antiguo y nuevo pueblo: relaciones que es de la mayor importancia comprender bien, pues conocidas una vez, serán la llave de todas las profecías (2). Los profetas nos hablan algunas veces de cosas que presenciaron ellos mismos, y fueron en muchas circunstancias, figuras de Jesucristo, lo que se observa en las personas de David, Isaías, Jeremías, Oseas, Jonás y Zacarías. Las grandes promesas que miran á Ciro no reciben su entero cumplimiento sino en la persona de Jesucristo de quien Ciro era figura. Las reprensiones y las amenazas de los profetas contra Israel y contra Samaria, caen sobre los Judios incrédulos, sobre las sociedades heréticas ó cismáticas, y particularmente sobre la Iglesia Griega. Las promesas hechas á Israel y á Samaria casi no se verificaron segun la letra; pero contienen las promesas hechas á la nacion judia para el tiempo de su futura vocacion, y prometen lisonjeras esperanzas con respecto á la reunion de la Iglesia Griega. Las prerogativas que distinguen á Judá y á Jerusalem, son las que al principio distinguieron al pueblo Judio, pero que han caracterizado mas particularmente al pueblo cristiano y á la Iglesia de Jesucristo. Los hijos de Judá advertidos de no imitar las infidelidades de los de Israel, significan á la gentilidad cristiana advertida por San Pablo, de no imitar el orgullo y la incredulidad de los Judios, y á la Iglesia Latina advertida de no imitar los extravios de la Griega. Las reprensiones y amenazas de los profetas contra los hijos de Judá y

(1) Suplicamos á nuestros lectores atiendan con cuidado á este aviso que las circunstancias presentes hacen acaso mas importante de lo que se piensa. Sabemos que se ha publicado en 1765 un escrito, en que queriendo explicar prematuramente el segundo *væ* del Apocalipsis, se presenta un aspecto especioso que expone á los lectores á equivocarse sobre el sentido de esta profecía, relativa á muchas otras. Se aplican allí á los incrédulos de nuestros dias las expresiones de San Juan, que verosimilmente pertenecen mucho mejor á los Mahometanos, como se podria mostrar: 1.^o por la explicacion que se les ha dado en la obra intitulada, *Comentario sobre el Apocalipsis*, publicada en 1762: 2.^o por el cuerpo de las antiguas profecías, explicadas segun el paralelo que acabamos de desenvolver, y que como se ha visto, se encuentra apoyado en un principio reconocido universalmente por todos los padres é intérpretes cristianos.—(2) Esta regla se halla en el *discurso* colocado al frente de los libros de los profetas, segun la edicion de la Biblia de Mr. le Gros, impreso en 1753 y publicado en 1756, y en la que está al frente de la Biblia de Sacy en 1759. (*Nota de la antigua edicion*).

contra los habitantes de Jerusalem, pueden entenderse de los Judios incrédulos, pero mas particularmente de los cristianos prevaricadores en todos los siglos, y aun con mas especialidad de los cristianos prevaricadores de los últimos tiempos. La empresa de Sennaquerib que á la cabeza de los Asirios inunda la Judea, y avanza hasta las puertas de Jerusalem sin poder subyugar esta ciudad, podria representar bajo diferentes respectos las persecuciones de los emperadores paganos contra la Iglesia, y la irrupcion de los Sarracenos sobre la cristiandad y hasta las puertas de Roma. La venganza divina sobre Jerusalem por medio de las armas de los Caldeos bajo el reinado de Nabucodonosor, es bajo diferentes puntos de vista la venganza del mismo Dios sobre los Judios incrédulos por medio de las armas de los Romanos, y la que hará recaer un dia sobre los cristianos prevaricadores por medio de las armas de los enemigos de la cristiandad (1). El restablecimiento y la reunion de las dos casas de Israel y de Judá es la renovacion y reunion futura de los dos pueblos ó de las dos grandes porciones del pueblo cristiano, es decir, la reunion del pueblo Judio con el Cristiano, y acaso de la Iglesia Griega con la Católica. Sodoma castigada y restablecida es la nacion judaica reprobada y vuelta á llamar. La conversion de Nínive, es la de la gentilidad; Nínive infiel, son los gentiles infieles ó apóstatas. Babilonia, es el imperio idólatra, el imperio anti-cristiano, el mundo réprobo. Los Idumeos, los Moabitas y los Ammonitas que en su origen estaban unidos al pueblo de Dios por lazos de fraternidad, pueden representar á los judios incrédulos, á las sociedades heréticas, y en general á los malos cristianos. Los Filisteos y los Arabes, enteramente extrangeros al pueblo de Dios, pueden ser el símbolo de los gentiles de Oriente y Occidente, extrangeros por su origen respecto de los fieles. Los Egipcios extrangeros por origen, pero ligados con los Judios á causa de José que obtuvo la soberanía de Egipto y recibió en aquel pais á sus hermanos, pueden ser la imagen de los gentiles extraños á la Iglesia, pero en medio de los cuales reina Jesucristo de quien José era figura. Los Tirios aliados de los Judios por Hiram, rey de Tiro, que contribuyó á la fábrica del templo, pueden representar á los gentiles que aunque extraños por su origen, han contribuido á la fábrica del templo celestial que es la Iglesia de Jesucristo. Tiro, ciudad antigua y especialmente distinguida entre las de la gentilidad, puede tambien representar á Roma, igualmente distinguida por su antigüedad y por el lugar eminente que ocupa. En fin, las magnificas promesas hechas á la ciudad Santa ó á los hijos de Dios, se refieren á la gloria futura de la Iglesia y á la felicidad de los santos en la eternidad. Las terribles amenazas pronunciadas contra los pecadores y los impíos, recibirán su entero cumplimiento en el suplicio eterno del mundo réprobo. Tales son los principales puntos de vista bajo los cuales pueden considerarse los oráculos proféticos, para descubrir en ellos los misterios é instrucciones que contiene.

(1) Este es el segundo *væ* anunciado por S. Juan, por Joel y por casi todos los profetas. Si hubiera necesidad de probarlo, no nos faltarian pruebas; pero no es aqui el lugar de entrar en este pormenor.

XVII.^a REGLA.

Para adquirir mejor la inteligencia de las profecías, es necesario tener delante de los ojos los Profetas mayores y menores, y el Apocalipsis que es su clave; en una palabra, el cuerpo entero de los oráculos proféticos del Antiguo y Nuevo Testamento, y el cuerpo entero de los grandes acontecimientos que se han sucedido desde que se pronunciaron estos divinos oráculos hasta el tiempo presente, y en cuanto se pueda los que deben suceder desde ahora hasta la eternidad (1). Considerar las profecías y los acontecimientos aislados y sin relacion con el conjunto, es exponerse á confundir cosas muy diferentes y distintas, no ménos que el órden de los tiempos. Para evitar este equívoco, es menester considerar el todo, y ver si en la aplicacion de las profecías á su cumplimiento todas las partes están de acuerdo. Dedicarse, por ejemplo, al estudio exclusivo del profeta Isaias, porque es el primero que se pone á la cabeza de los Profetas mayores y menores; y descuidar el examen de Jeremías, de Ezequiel, de Daniel y de los profetas menores, es no solo privarse de los auxilios que todos presentan para la inteligencia del mismo Isaias; sino tambien exponerse á dar á las profecías de este interpretaciones que acaso se hallarán combatidas y destruidas por los textos expresos de otros que habrán indicado de un modo mas claro lo que el primero dijo con obscuridad. Aplicarse únicamente al estudio de los antiguos profetas abandonando el conocimiento del Apocalipsis, por suponer que este libro es mas obscuro y mas difícil de penetrar, no solo es privarse de los auxilios que el Apocalipsis ofrece para la inteligencia de las antiguas profecías, sino tambien correr el riesgo de dar al cuerpo entero de ellas, inteligencias que se hallaran impugnadas y destruidas por los oráculos de este libro, que aunque misteriosos son sin embargo la llave y el desenlace de las profecías antiguas; porque como el Nuevo Testamento es la explicacion y clave del Antiguo, así el Apocalipsis lo es de los libros antiguos profetales. Los diversos sentidos espirituales que contienen los oráculos de los antiguos profetas, no solo abrazan las grandes revoluciones que la Iglesia ha sufrido desde su establecimiento hasta nuestros dias, sino tambien todas las que padecerá desde ahora hasta la consumacion de los siglos: y es imposible penetrar en la obscuridad de este porvenir, sin las luces que nos ministran los libros del Nuevo Testamento, y sobre todo el Apocalipsis que, como observa San Agustin, encierra todo el tiempo que debe correr desde la Ascension de Jesucristo hasta su última venida. Es verdad que este libro á la primera lectura parece muy obscuro é impenetrable; sin embargo en el fondo acaso no lo es tanto como se piensa; y si se atiende bien á notar en él los rasgos de luz que han reunido los votos de la

(1) Esta regla se prueba en la *Disertacion sobre la sexta edad de la Iglesia*, colocada en nuestra Biblia al frente del Apocalipsis, y es una de las que publiqué en 1579. Creo poder añadir que siguiéndola no habrá riesgo de equivocarse sobre el segundo versículo de San Juan. Esta combinacion determina su sentido en términos que no deja duda. (Nota de la antigua edicion.)

tradicion desde los apóstoles hasta el dia, se verá que estos rasgos luminosos difunden una grande claridad. Pero estudiando el Apocalipsis, y comparando sus profecías con los oráculos de los antiguos profetas, es menester guardarse de caer en las falsas y peligrosas opiniones de los Milenarios. Este es, segun San Gerónimo, el escollo mas peligroso para los que en el estudio de los profetas, procuran penetrar en las tinieblas de lo futuro. Pero se evitará ciertamente, si se camina sobre las huellas del mismo santo doctor, sumamente atento á prevenir á sus lectores contra el peligro de aquellas falsas opiniones; y adhiriéndose inviolablemente á la doctrina constante de la tradicion que siempre ha combatido y rechazado esta sentencia como falsa.

XVIII.^a REGLA.

La última y mas importante de todas las reglas, es que al estudio de las Santas Escrituras, debe juntarse siempre la oracion, porque su inteligencia es un don de Dios, que no puede sernos útil sino cuando Dios lo acompaña con el de su gracia (1). El Espíritu de Dios es el que ha dictado los oráculos de los profetas; él solo penetra todos sus misterios; él solo puede descubrirlos: á él pues debemos dirigirnos para obtener el don precioso de la inteligencia de los libros santos. Pero en vano conoceremos todos los misterios ocultos en las Divinas Escrituras, si no tenemos la caridad que sola puede enseñarnos á hacer de ellos un santo uso. Acaso pudiéramos hacernos útiles á los demas por los conocimientos adquiridos en este estudio; pero estos conocimientos serian estériles para nosotros, y se convertirian en motivos de nuestra condenacion, si la Divina Gracia no nos los hiciera provechosos, haciéndonos recoger las instrucciones que contienen los diversos sentidos de estos divinos libros, y practicar las verdades que ellos nos hayan enseñado. Imitemos lo que la Iglesia observa al principio y fin de todas sus lecciones. A su ejemplo, nunca abramos los libros santos, sin pedir á Dios que nos dé su bendicion (2) sobre la lectura que vamos á hacer en su presencia. Supliquemos al Espíritu de la verdad que nos la enseñe él mismo, dándonos la inteligencia y el amor de las máximas santas que contienen las palabras de los autores sagrados inspirados por él. Acordémonos de que así como es el primer autor de las Divinas Escrituras, es tambien su primer intérprete, y el que en este estudio debe ser nuestro maestro. Leamos con atencion en su presencia; démonos tiempo de escuchar lo que se dignará decirnos en el fondo de nuestros corazones; detengámonos en los santos pensamientos que nos presente; sigamos los santos deseos que nos inspire. A ejemplo de la Iglesia nunca acabemos esta divina leccion sin pedir á Dios que tenga misericordia de nosotros (3), haciéndonos practicar por la caridad las verdades

(1) Esta es la última regla que propuse en mi *Discurso* publicado en 1759. (Nota de la antigua edicion.)—(2) Antes de la leccion de las Santas Escrituras la Iglesia acostumbra decir: *Jube, Domine benedicere. Spiritus Sancti gratia illuminet sensus et corda nostra. Amen.*—(3) Al fin de la leccion la Iglesia dice: *Tu autem, Domine, miserere nobis, y en protestacion de reconocimiento, Deo gratias.*

santas en que acaba de instruirnos; y para obtener de su bondad este favor, comencemos por darle gracias de la que nos ha hecho, concediéndonos la inteligencia de su divina palabra.

Desde este momento levantemos nuestras almas á Dios, recordando en su presencia las máximas y reglas que allí hemos recogido.

RECAPITULACION

De las máximas y reglas que se acaban de establecer.

Espíritu Santo, que habeis hablado por boca de Moises y de los profetas, y que nos habeis transmitido por medio de sus escritos vuestras divinas instrucciones, haced que atentos á buscar en los libros sagrados á Jesucristo y á su Iglesia, *al Cristo entero que es su fin*, (1) respetemos y profundicemos *los diversos sentidos* que vuestras palabras encierran (2); que mientras *el sentido literal é inmediato* nos enseña lo que se ha dicho y hecho, *el sentido espiritual y místico* nos descubre los misterios que habeis depositado en él; que reconozcamos en el *sentido alegórico*, lo que debemos creer; en el *moral*, lo que debemos hacer; en el *anagógico*, lo que debemos esperar; que sepamos distinguir *la extension de estos diferentes sentidos*; y que siempre que nos hableis de estos grandes objetos, seamos conducidos (3) *por la autoridad de los apóstoles* (4) que nos descubren aquellos misterios; *por la instruccion de los santos doctores* (5) que han seguido sobre este punto las sendas abiertas por los apóstoles, en cuanto á *los caracteres que designan claramente á Jesucristo y á su Iglesia* (6), al cuerpo completo de Cristo, y que no pueden convenir á otro objeto, *por la grandeza, por la fuerza y por la extension de las expresiones* (7), las cuales reclaman un sentido digno de ellas por la misma *imposibilidad de seguir el sentido inmediato* (8) que la letra del texto presenta en algunos lugares; *por la naturaleza de las promesas* (9) que no serian dignas de nuestras esperanzas si se limitasen á los bienes de la tierra; *por las sombras exteriores* (10) que siendo capaces de lastimar nuestra débil razon, cubren misterios infinitamente dignos de vuestra sublime sabiduría; por aquellas *admirables circunstancias* (11) que sin chocar á nuestra razon la sorprenden y le advierten los misterios que contiene; por las *semejanzas claras y sensibles* (12) que como otros tantos rayos de luz, pueden disipar la obscuridad que las rodea; *por la conexi6n cierta* (13) que habeis querido poner *entre la economía del sacerdocio levítico y la del misterio de Jesucristo* que es el Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec; *por las multiplicadas relaciones* (14) cuya *sencillez y exactitud* concurren á asegurarnos la verdad de las interpretaciones en que todo se une, se liga y se desenlaza sin trabajo; por la *indiferencia y desagrado* (15) que manifestais *respecto del culto carnal y figurativo*, para substituir el

(1) I. Punto.—(2) II. Punto.—(3) III. Punto.—(4) I.^a Regla.—(5) II.^a Regla.—(6) III.^a Regla.—(7) IV.^a Regla.—(8) V.^a Regla.—(9) VI.^a Regla.—(10) VII.^a Regla.—(11) VIII.^a Regla.—(12) IX.^a Regla.—(13) X.^a Regla.—(14) XI.^a Regla.—(15) XII.^a Regla.

culto espiritual y verdadero, único digno de agradaros; por *las semejanzas variadas* (1) que habeis querido poner *entre vuestras obras*, cubriendo bajo las mismas palabras *diversos acontecimientos* que se suceden *en diferentes edades* en la serie de los siglos; por *las semejanzas sensibles* (2) que habeis puesto *entre las cuatro principales porciones de vuestras obras*, el estado del pueblo Judío ántes de Jesucristo, el establecimiento de la Iglesia, la vocacion futura de los Judíos, y la libertad completa de la Iglesia al fin de los siglos; por las *varias semejanzas* (3) que nos mostrais *entre Jerusalem y la Iglesia, entre la casa de Judá y el pueblo cristiano*, entre las dos casas de Israel y de Judá, y los dos pueblos judío y cristiano; entre las mismas casas, y las dos grandes partes de la Iglesia, *Oriental y Occidental*; por *las semejanzas innumerables* (4) que nos descubris *entre los profetas y Jesucristo*, entre el reinado de *Ciro* y el de *Jesucristo*, entre *los diversos objetos que nos ofrece la letra de las profecías*, y los que nos presenta *la historia de Jesucristo y de su Iglesia*; por la *armonía* (5) *del cuerpo entero de los oráculos proféticos del Antiguo y Nuevo Testamento*, comparado con el conjunto de los acontecimientos que les corresponden desde los profetas hasta nuestros días, y hasta la eternidad. Haced finalmente que en el uso de todas estas semejanzas que nos llevan á la unidad del cuerpo de Jesucristo, nos levantemos hasta Vos que sois la alma de este cuerpo; que *la oracion* (6) acompañe siempre este estudio, que aunque muy santo en sí mismo, no podria sernos saludable sin vuestra gracia, pues *cundo penetráramos todos sus misterios, nada somos si no tenemos la caridad* (7). Enseñadnos toda verdad; hacédnosla practicar por la caridad, á fin de que por la senda de la verdad, lleguemos á la eterna bienaventuranza.

(1) XIII.^a Regla.—(2) XIV.^a Regla.—(3) XV.^a Regla.—(4) XVI.^a Regla.—(5) XVII.^a Regla.—(6) XVIII.^a Regla.—(7) I. Cor. xiii. 2.